



AÑO II. AREQUIPA JUÉVES 5 DE FEBRERO DE 1880. NÚM. 246.

EXTERIOR.

CHILE.

(Editorial de «El Ferrocarril».)

Santiago, Enero 10 de 1880.

La carta del general Prado, el estatuto provisorio, decretos y circulares del dictador Piérola, la deposición del general Daza, el nombramiento del coronel Camacho, el telegrama de Granier viviendo a la alianza al anunciar estos últimos acontecimientos, el sometimiento a juicio del general La-Cotera por sustracción de objetos militares, la prisión en masa de los diaristas limeños y en general todo ese cúmulo de curiosos incidentes que han acompañado el trastorno del orden constitucional en el Perú y Bolivia, forman la más extraña de las fantasmagorías, el más extravagante de los desbarajustes á que puedan llegar los pueblos en horas tan solemnes de aprendizaje de prueba.

Lo que hoy acontece á nuestros enemigos es algo sin nombre y sin precedente en las naciones que aspiran á un puesto en el mundo civilizado. Ha bastado un momento de prueba para que los arrogantes agresores de Chile, desnudos del falso oropel con que engañaban la credulidad de nuestros detractores, aparezcan tales como son, creaciones embrionarias y artificiales, sin instituciones sólidas y en perpétua transformación al capricho de los acontecimientos. Nada hay allí duradero y estable. Una asonada afortunada de cuartel basta para cambiar por completo lo que ha podido creerse por algún tiempo un orden ó régimen establecido.

El Perú, con mas deslumbradoras apariencias que Bolivia, ha podido ser considerado como un pueblo rejido ya por instituciones y por leyes que dan acceso á la comunidad civilizada de las naciones. Aparentaba poseer un orden constitucional, un régimen administrativo, un mecanismo civil y militar, un ejército, una marina, principios ya inamovibles de seguridad y libertad personal, todas esas garantías y derechos que distinguen el orden civilizado del estado de naturaleza; y cuando debiera esa organización aparecer mas fuerte y vigorosa para contrarrestar los peligros de una situación escepcional, resulta que nada de aquello existe, que la salvación se busca en el motín y en el aniquilamiento total de lo existente.

Un dictador improvisado por una asonada de cuartel, aparece de repente investido por sí y ante sí de facultades omnimodas y se sustituye sin contradicción á eso que llegaba á creerse un régimen establecido.

El titulado presidente constitucional desaparece como por encanto de la escena política, sin que la nación se aperceba de su ausencia. Este escamoteo del jefe supremo del Perú, yendo á aparecer de repente en viaje para Europa, cuando el país confiado á su dirección y su custodia es víctima de tremendos desastres, forma juego con la improvisación de una dictadura que haciendo tabla rasa de todo régimen preexistente, dá principio á la regeneración nacional con remedio extravagante de la declaración de los derechos del hombre.

Las libertades, de los derechos y las garantías que poseía el Perú por obra de la voluntad nacional, las tiene ahora por munificencia del nuevo dictador. Esto es lo que nuestros enemigos aclaman como una regeneración. El primer paso dado para la salvación de la patria, es la pérdida completa de la

iniciativa nacional, la abdicación de todo derecho en manos de un tutor providencial. El tren constitucional era un rodaje inútil. Esa participación de todos en la dirección de la cosa pública, era el peligro y la ruina. El Perú creía haber alcanzado la virilidad, cuando en realidad no había salido de la infancia.

El dictador Piérola, con su célebre estatuto provisorio, así lo declara y el Perú lo confirma aceptando sumiso y obediente la pretendida munificencia del dictador.

Las poblaciones de Lima y el Callao, los ejércitos de la república, los municipios, el generalísimo Contra-Almirante Montero, los grandes dignatarios del Estado, los arzobispos y obispos, todas las ciudades á que se estende el telégrafo y, en una palabra cuanto existe en un país del mas caracterizado y culminante, rinde homenaje y obediencia al feliz inventor del estatuto provisorio que se declara árbitro de los destinos de un país que no ha podido salir de la menor edad.

Lo que acontece hoy al Perú con el dictador Piérola, dará la medida á las naciones espectadoras de la guerra del Pacífico, de la misión realmente providencial reservada á Chile en esta parte del continente, para que la América pueda llegar algun día á desempeñar en el mundo civilizado el rol á que la llama su privilegiada naturaleza.

Si el Perú alcanza tan triste situación, no ya con relacion á Chile y las demás naciones, sino con respecto á sí mismo, si espia su alevosa insolencia con la humillación que le impone a dictadura; Bolivia es todavía mas digna de conmiseración, teniendo que aceptar el rol subalterno de instrumento del Perú.

El General Daza, jefe del ejército y presidente de Bolivia, es destituido por sus propios subordinados, y el coronel Camacho, llamado á sucederle, puesto á las órdenes del generalísimo contraalmirante, Montero, confirmado en su puesto por el dictador peruano. El papel de Bolivia en la alianza ha sufrido una depresión inmensa. El jefe de sus fuerzas es uno de tantos subordinados del generalísimo peruano.

El contingente boliviano reducido á una fracción insignificante y sin representación alguna de soberanía nacional, por las condiciones mismas en que ha verificado la espulsión ignominiosa de su jefe y mandatario, soporta la humillación de una autoridad estrana y sin contrapeso. El generalísimo peruano es su jefe. El coronel Camacho un subalterno. Ambos dependen del dictador de Lima.

Ni el ejército boliviano de Tacna, ni Bolivia mismo, saben quien puede ser el mandatario de su país. El ejército del litoral espulsa á Daza, que tenía una investidura nacional, sin que haya sido posible darle un sucesor. El coronel Camacho ha recojido en la revuelta el mando militar, pero aun cuando se hubiera atribuido la autoridad suprema de su país, lo que parece no ha acontecido, falta saber todavía lo que determinen y resuelvan en el interior. Entre tanto, el dictador de Lima nombra al generalísimo del ejército aliado, por sí y ante sí, sin miramiento alguno á los fueros de Bolivia y como quien dispone de cosa propia. Sean cuales fueren las futuras emergencias, el hecho es que Bolivia habrá tenido que soportar la humillación de la supremacía de su aliado convertido en señor y dueño de su ejército.

Hasta ahora el único resultado de la campaña habrá sido para Bolivia la pérdida del territorio que nos disputaba y de lo mas escójido y veterano de su ejército, y ademas ver deprimida su

soberanía nacional por un país que ha sido su eterno enemigo, sometiendo su ejército á un generalísimo nombrado sin su anuencia y sin siquiera la salvación de su aceptación, regularizando su régimen interno.

Preciso es convenir que el dictador Piérola, si garantiza en su país la libertad de la prensa aprisionando en masa á los diaristas, no trata con mas consideración á Bolivia y su ejército. Emplea el mismo desenfado de omnipotencia con sus compatriotas y sus aliados. No es posible suponer que Bolivia acepte con la misma resignación que el Perú la dictadura que con tan extraños procedimientos inaugura su misión providencial. Si así fuera, fuerza sería reconocer que Bolivia era digna de la suerte que le deparaba en el Perú el salvador improvisado.

Tanto mas singular es la condición hecha al ejército de Bolivia por su aliado, cuanto que hasta ahora la dirección de la campaña confiada al Perú, está muy distante de justificar la supremacía que se arroga. Despues de los desastres sufridos, que han patentizado la incapacidad ó la desgracia de la dirección peruana en la campaña, si algun cambio hubiera podido racionalmente verificarse, sería traspasar al aliado esa dirección para buscar un éxito mas feliz. Parece que el rol de Bolivia, segun lo comprende su aliado, es simplemente militar bajo sus órdenes y resignarse á la dirección de un generalísimo peruano.

La abdicación de la personalidad de Bolivia en la guerra, es algo muy digno de atención. Esta abdicación que importa el reconocimiento de una superioridad incontestable para el Perú, no se encuentra sin embargo justificada por los hechos. El Perú, con una escuadra poderosa y con un numeroso ejército, no solo no pudo intentar siquiera el recobro del territorio disputado á Chile por Bolivia, sino que ha visto aniquilada esa escuadra y ese ejército. Verdad es que los desastres terrestres los ha atribuido el Perú á la traición de Bolivia, como habria acontecido con los marítimos si su aliado hubiera podido tener en ellos alguna participación; pero despues de estas inculpaciones y del estremo fatal de la dirección peruana en la guerra, no se concibe cómo Bolivia persista en una abdicación desdolorosa para su personalidad.

El hecho es que el dictador Piérola, así como arrebató al Perú toda iniciativa por medio del estatuto provisorio, desconoce toda personalidad á Bolivia para la dirección de la guerra. El ejército boliviano es uno de tantos pasivos instrumentos de su omnipotencia. Tiene especial cuidado el dictador de romper por completo con el antiguo orden constitucional, desconociendo todos los actos realizados por él, anulando los ascensos verificados en el ejército peruano y dando sobre todo nueva investidura al generalísimo Montero sobre las fuerzas aliadas, sin tomar para nada en cuenta la anuencia de Bolivia. Sería de sospechar que Piérola, aprovechando la acefalía de autoridad suprema en el Perú y Bolivia, habia asumido de hecho la dictadura en ambos países.

Hay algo tan confuso, tan incoherente, tan extraño en los procedimientos del dictador Piérola, que no sería aventurado presumir que nuestros enemigos, lejos de haber llegado á la regeneración por el trastorno, no han hecho mas que agravar los desastres de su situación y precipitar la disolución de una alianza insostenible.

Ilusiones de tísico.

«El Comercio» de Lima, contestando al redactor del «South Pacific Times» el

notable artículo en que este diario aconseja al gobierno del Perú, en vista del mísero estado de la república, que haga proposiciones de paz á Chile, dice á la letra:

«Pero nosotros que conocemos mejor nuestra vitalidad, y sabemos que no han dependido de deficiencia de energía ó de fuerza real los descalabros que hemos sufrido, sino de simple ineptitud de los que han dirigido la campaña; y que nos sentimos con suficiente vigor para reparar nuestras derrotas, juzgamos de distinta manera que el «Times.»

¿Qué! ¿Acaso la desocupación del territorio de Tarapacá por nuestras tropas significa el abandono completo de ese departamento y nuestra impotencia para arrojar al invasor en el tiempo preciso? Antes de un mes puede y debe tener el contra-almirante Montero un ejército de 20,000 hombres á sus órdenes, fuerza suficiente para emprender una campaña rápida sobre Tarapacá, en condiciones ventajosas para oblijar al enemigo ó á presentar una batalla de muy dudoso éxito para él, ó á hacer abandonar la línea de Iquique y de Tarapacá?»

Como se vé, hay en Lima quienes creen todavía en el triunfo de las armas peruanas, y esta creencia no puede tener otro fundamento despues de lo abatida que se manifestaba toda la prensa del Rimac, que el combate de Tarapacá, que juzgan, á pesar del cobarde abandono en que dejaron la plaza los que se llamau vencedores, como la mas espléndida victoria.

¿Qué duros para soltar el hueso de las ilusiones son esos pobres peruanos! Cualquiera al oírlos diría que tienen el alma de diamante y que el infortunio se estrella allí como las olas en las rocas de granito que desde la formación de nuestro planeta desafían impertérritas las furias de los mares.

¿Con qué Montero aumentará su ejército hasta la cifra de veinte mil hombres y tomará la ofensiva para arrojarnos del departamento de Tarapacá?

¿Y por dónde y de dónde vendrán hombres, armas y dinero? Por el mar que custodian nuestros buques? Por tierra, es decir, al traves de largos, fatigosos y desamparados caminos?

Mas suponiendo que el contra-almirante volatinero (con este nombre le llamaba Piérola) estuviese dotado del poder de convertir las piedras en soldados y sus imaginaciones en escudos, ¿es creible que se atreviera á intentar un ataque contra nuestro ejército, posesionado como está de puntos estratégicos, sino del todo inespugnables, de difícilísimo acceso aun para tropas mas aguerridas y valerosas que las peruanas?

Mucho haria, si algo hace, el contra-almirante Montero, con lanzar proclamas y decretos terroríficos para inspirar valor á sus tropas, y que se defiendan y lo defiendan del golpe mortal que antes de mucho deben recibir de nuestros bravos en castigo de su jactancia.

Cuando se piensa que el Perú en sus postrimerías no tiene mas hombres en que fijar su moribunda esperanza que Piérola y Montero, da, de veras, lástima y compasión. ¿Qué cuadro aquel para la historia de América! Y esa nación escarmentada hasta en su agonía por la mano implacable de Dios, ha tenido mas elementos de prosperidad que todas las secciones americanas juntas. Suelo riquísimo en todo género de producciones preciosas, vasto y bien colocado territorio, dilatada costa, mar bonancible, todo, todo la ha favorecido no solo para formar un pueblo modestamente dichoso, sino para ser una potencia de primer orden. ¿Y por qué, se preguntará el que no conoce bien al Perú, no ha logrado ese país tan bien querido de la naturaleza, constituirse sólidamente y extraer, como le habria sido muy fácil, todas las ventajas propias de su condición privilegiada?

Por una razon muy sencilla: porque la Providencia, que tantos bienes le regaló, no quiso hacerle el don de procrear hombres á la altura de sus riquezas materiales.

Del inca al cholo la raza en vez de robustecerse se ha debilitado, pero empeo-

